

LA METAFISICA EN JEAN WAHL

La actitud de Jean Wahl en la filosofía es eminentemente problemática, rehuye toda exposición y se define por una perenne vigilia, un constante oteo del horizonte histórico. Su figura se perfila a través de los temas de sus minuciosos estudios. Temas que evidencian predilecciones firmes y profundas, y que tal vez bastarían para indicarnos cuál es, para él, la problemática estructural del pensamiento filosófico contemporáneo.

En realidad, la vasta obra de Jean Wahl podría ser interpretada como una sucesión de preguntas que desde el pensamiento de hoy realiza hacia el pasado. Esa sucesión de preguntas revelan las cuestiones críticas de la filosofía en el siglo XX. Al encuentro de esta posible manera de entender la obra de Wahl, salen sus dos últimos libros: *The Philosophers' way* (New York, 1948. Traducción castellana bajo el título de *Introducción a la filosofía*, F. de C. de México), y su *Traité de Métaphysique* (París, 1953, ed. Payot). Extraídos ambos de sus cursos sobre metafísica, estos trabajos revelan la prolija atención con que Wahl ausculta la dinámica de los problemas en la filosofía contemporánea. Y lo que es aún más iluminador, pondera la posible proyección de esas cuestiones.

Es a través de su Tratado de metafísica que encontraremos una posibilidad más amplia para aclarar el enfoque de Wahl. Nuestra tarea consistirá en registrar los momentos en que des-

entendiéndose de la exégesis histórica, Wahl asume su pensamiento. O más bien su interrogar. Porque ante todo su actitud está fundamentalmente determinada por una concepción del filosofar expresa en su Tratado: “La filosofía es más bien actitud interrogativa que actitud de respuesta”. Esta noción de filosofía no se detiene en *la pregunta*, sino que abarca y se afirma sobre *el preguntar*. La filosofía es función dinámica y concreta. “Es el movimiento —agrega— más que visto, oscuramente percibido que va de la realidad hacia el éxtasis, a través de la dialéctica y las antítesis” (pág. 721). Dejaremos de lado, por el momento, las otras afirmaciones de esta definición para concentrarnos en la enunciación de que la filosofía no consiste tanto en un conocimiento como en el conocer.

Quien concibe así la filosofía como un interrogar que va reconociendo la extensión y el diagrama de su pregunta, encuentra en la perspectiva hacia el pasado de esa pregunta una aclaración de su propio pensar. Sin embargo, todo pensamiento filosófico original nace de ese desgarramiento *ab initio* que lo dialectiza con respecto a una tradición, al afirmar sus caracteres propios. Aun cuando, luego, sólo encuentra un sentido en la medida en que está referido a esa tradición que es su punto de partida.

Nuestro presente puede ser caracterizado por esa situación del pensamiento filosófico; por un lado proyectado revolucionariamente hacia el futuro, renovando todas las nociones tradicionales con que se ha venido manejando la filosofía hasta fines del siglo XIX, y por otro, retornando hacia ese pasado con una visión que lo reintegra a esa tradición, a pesar de proclamar la ruptura con ella.

Esa tensión dinámica entre un pensamiento en actitud revolucionaria y una tradición reinterpretada, da la dimensión constante en que Wahl se mueve para desentrañar el sentido del filosofar actual.

Pero, ¿es que se puede hablar de revolución en el pensamiento filosófico? En otras palabras: ¿Podemos registrar en la filosofía un cambio revolucionario? Se podría responder con

justeza a esta pregunta afirmando que, ante todo, el pensamiento filosófico *es revolución* en lo que tiene de originario su contacto con lo real. Pero sin entrar a emitir afirmaciones esenciales, mucho más cerca de nuestro alcance está la historia mostrándonos esos momentos en que los cambios se hacen radicales y señalan el advenir de nuevos tiempos. Así el renacimiento y la modernidad estructuraron todo un nuevo edificio de la filosofía al poner en cuestión las perspectivas sobre el problema del tiempo, lo finito y lo infinito, la cualidad y la cantidad, el mal y el alma.

El estallido crítico de ciertas nociones fundamentales provoca los nuevos giros del pensamiento. Y si ello fué posible en el mundo moderno, podemos deducir —analizada nuestra situación— que es posible la inminencia de un nuevo momento de la filosofía. Esta nueva fase estaría anunciándose por ese intento de dar una forma menos conceptual a todas las nociones y en particular a las ideas de infinitud, de tiempo y de materia.

Visiblemente absorto ante el avance de las ciencias físicas en el siglo XX, Wahl se detiene a considerar los aportes de la noción espacio-temporal einsteiniana, o las meditaciones de la materia-energía de Planck, o las investigaciones en el mismo campo de Bohr y de Heisenberg. Tratando de extraer las posibles consecuencias que este pensamiento científico puede tener sobre la metafísica. En un trabajo titulado *Métaphysique et poésie* (*Poesie, Pensée, Perception*, editado en 1948 por Calmann-Levy), afirmaba: “No es posible que una conmoción como a la que estamos asistiendo, no vaya acompañada por una reconsideración de las formas del pensamiento. Esa reconsideración ha comenzado hace ya largo tiempo, a decir verdad, no ha cesado desde que el pensamiento existe. Pero Einstein, Planck, Bohr y Heisenberg han destruído las concepciones ordinarias de la causalidad, del espacio y del tiempo. Todo está por rehacerse. Un Brunschwig, un Bachelard, nos muestran de qué manera”.

Una nueva estructura de lo real se anuncia a través de las ciencias y si el pensamiento quiere captarla deberá cobrar nue-

vas y sutiles formas como las que la razón toma en un Cassirer, o en los ya nombrados Brunschwig o Bachelard. Por su parte la psicología de la forma nos muestra cómo la distinción entre forma y materia tiende a desvanecerse. La fenomenología con la tesis de la intencionalidad nos muestra los objetos en su espacio concreto, anterior al espacio matemático. O sea el espacio vivido y concreto que a veces aparece en un Bergson o en un Minkowsky. Así, la revista que pasa Wahl intencionadamente al pensamiento contemporáneo carga de sentido unitario los intentos aparentemente caóticos con que se iniciara este siglo XX. La inmensa tarea a la que cada pensador ha contribuido en forma separada, nos pone ya en la inminencia del nacimiento de esas nuevas formas de pensar. Nuevas formas de pensar que ya han encontrado su seno embrionario en el arte. Wahl se vuelve a las profundas intuiciones elaboradas en el seno de la obra de arte para encontrar en ellas los movimientos concretos hacia la nueva aurora. Ya en obras anteriores (*Les Philosophes dans le monde d'aujourd'hui*) había proclamado la necesidad de no encerrar la actividad filosófica exageradamente en el campo de disciplina rigurosamente circunscripto. Es necesario que el filósofo capte como hombre, el profundo significado de todas las otras tareas del hombre. Mostrando de qué manera un filósofo como Heidegger se ha apoyado con frecuencia sobre las intuiciones de un Rilke y más aun sobre las visiones de un Hölderlin, o un pensador como Whitehead se refiere constantemente a un Wordsworth o un Shelley, es como vamos a acceder a una noción más amplia del pensar desde los planes pre-predicativos y pre-relacionales.

Así, siguiendo esta avenida, desembocamos en la concepción de la filosofía que Wahl expresa diciendo que “la filosofía es búsqueda de lo inmediato”. puesto que la condición del hombre es tal que lo inmediato no le es dado, sino que debe conseguirlo a través de una búsqueda. “Lo que sobre todo nos importa —agrega—, es ver el mundo en su carácter concreto, no sólo el mundo de cualidades primeras a las cuales pensaba Descartes que deben ser reducidos los cuerpos, sino a un mundo do-

tado de cualidades secundarias como lo pensaban filósofos como Berkeley, Bergson, Whitehead, y para tomar la expresión de Alexander, dotado también de cualidades terciarias, es decir de valores”.

Un objeto de conocimiento como el propuesto no puede ser aprehendido sino a través de una actividad primitiva del espíritu por la cual el todo es sentido en forma inmediata, y posteriormente librado al análisis. Esta actitud comporta la liberación con respecto a los datos visuales como modo preeminente de acceso a los fenómenos (la vista es considerada como un órgano intelectual por excelencia), y también la recuperación de las indicaciones que los otros sentidos pueden darnos. También, trae como consecuencia la valoración del sentimiento como modo de entrar en contacto con la realidad. Características tales son las que denota esta posibilidad de captación de totalidades de presencias (o de *compresencias*, como diría Alexander), en su complejo primitivo. Tal experiencia tiene lugar en el sujeto en cuanto éste es un ser existente. La noción de existencia aparece con repetido insistir en todo el pensamiento de hoy como oscuro presentimiento de lo inmediato y lo otro ligado a ese inmediato. O sea el existente y su trascendencia, que en definitiva es el mundo ligado intencionalmente a esa existencia. El mundo es visto en función de esa existencia en un complejo relacional. De tal manera que la oposición subjetivo-objetivo tiende a ser superada en la medida en que lo objetivo es considerado como una función de la actividad del sujeto y viceversa. O sea, en la medida en que lo objetivo es subjetivizado (transmutado en immediatez, sentimiento) para ser expresado como lo subjetivo objetivizado.

Así, el punto de partida hacia un conocimiento metafísico está ligado a una experiencia que precede a la búsqueda de lo inmediato. Experiencia que Wahl no asimila ni al sentimiento de la duración bergsoniana, ni a la experiencia de la angustia a que apela Heidegger. Sino que más bien se siente próximo a la tesis de Gabriel Marcel “en tanto que quiere hacer un llamado no a una experiencia que esté en el mismo plano de nues-

tra vida psicológica profunda; sino a una experiencia que tiende a rebalsarlo, y que, diríamos para ampliar la teoría, se refiere tanto a una experiencia del arte como a una experiencia ética de la esperanza y de la fidelidad”.

Un tal punto de partida nos coloca en el centro mismo del sentimiento de la existencia, en tanto que para Wahl este “sentimiento de la existencia” es “aquello que nos resiste (o sea, las cosas) y al mismo tiempo, es el esfuerzo de nosotros mismos unidos a nuestro cuerpo, sobre aquello que nos resiste”. Y más adelante: “Por existencia se significa al mismo tiempo el objeto que resiste al sujeto, y el sujeto que ejerce su esfuerzo sobre el objeto”. La existencia es a la vez retorno sobre sí y salida fuera de sí. De esta forma se puede advertir que en cuanto ese sentimiento de la existencia asciende a la elocución ideativa, sólo puede ser definida por medio de oposiciones. Pero esas antítesis no hacen desaparecer la realidad de la existencia, sino que por el contrario ésta permanece como facticidad, siguiendo los términos de Heidegger y de Sartre, como *irreductibilidad*.

Esa expulsión, esa mediatización de la existencia cada vez que el sujeto trata de captarla es la base de la dialéctica. Y sólo puede ser superada, dice Wahl, prácticamente, por el sentimiento que el individuo experimenta de esa unión de su pasado y de su porvenir por medio de la cual se constituye el presente. Por algo análogo a la repetición de Kierkegaard, al *Amor fati* de Nietzsche, o a esa reconciliación de que hablaba Ibsen, entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad por el advenimiento del tercer reino.

O sea que es a través de esa experiencia que la existencia se nos va a hacer presente como un dato total, irreductible, y no como una antítesis o una tensión mediatizada. Esa experiencia nos torna presentes a nosotros mismos, captándonos en esa presencia misma.

La dialectización que encontramos en la base de todo intento de captar lo real, dialéctica que va de lo inmediato a lo mediato, de lo subjetivo a lo objetivo, y que se puede advertir en forma sobrada en la historia de la filosofía, nos está indican-

do que esa dialéctica no es la explicación final, y que hay una explicación de esa misma dialéctica por la presencia de algo que se puede llamar *la realidad*. Esa dialéctica es un camino, pero no el final. Puesto que lo real rehusa un contacto puramente intelectual y nosotros no podemos percibirlo más que por vistas sucesivas, alternantes, contrarias.

En esa dialéctica existencial, podríamos escuchar breves fragmentos en que el diálogo propiamente dicho, cesa, y donde el silencio se hace como escuchar. “Silencio de la percepción donde el espíritu es nutrido por las cosas, silencio del éxtasis donde el espíritu efectúa su unión con el punto más alto de sí mismo”.

La dirección hacia lo real nos lleva a través de las ideas hacia algo de quien reside más allá, o por debajo de ellas. O sea que las relaciones deben ser “inmergidas en una experiencia infrarrelacional, una experiencia que no es conscientemente experimentada”. Y más adelante: “Es en el sentimiento, más que en la razón, que encontraremos lo que es para nosotros la aproximación más vecina al absoluto. Si queremos recobrar el Paraíso perdido, debemos perdernos en el Paraíso recobrado (Hegel). Esa es una de las condiciones para recobrarlo. Debemos perderlo para no perderlo. La conciencia ocupa su lugar entre esa pérdida y la reconquista del Paraíso. Lo que viene a significar una vez más, que ella es esencialmente desdichada”.

Es en la superación de esta profunda dialéctica del conocer frente a la realidad, que consiste para Wahl la meta del actual pensamiento metafísico. Tensión que está constituida por la distancia que va desde la idea de lo real, hasta el sentimiento de esa misma realidad.

Por un lado, la idea de lo real, al objetivar, al mediatizar, traza el irremediable esquema de la conciencia desdichada hegeliana. Dado que lo real es irreductible a la idea. Por otra parte, la búsqueda de la inmediatez como presencia de lo real en una experiencia, no nos permite elaborar una teoría de lo real sino perdurar en el sentimiento de esa realidad, como en un presentimiento poético.

Con todo, es en esta última en quien se apoya Wahl para lograr una posible superación de esta dualidad. Para ello será necesario abrir el campo de la filosofía a las últimas revelaciones de la ciencia (particularmente de la física) y a las perspectivas abiertas por el arte frente a la realidad. Ante tal tarea la filosofía acentúa cada vez más su carácter problemático, su detenimiento en el registrar y desarrollar los problemas y también evidencia una incapacidad creciente de elaborar grandes sistemas que respondan en forma apodíctica al preguntar del hombre. “Ha llegado el momento —acepta Wahl— en que más vale renunciar al título de gran filósofo, en que vale más constatar simplemente las propias reacciones ante los grandes problemas de la filosofía, ante las grandes voluntades de acción y ante las grandes obras de arte, como ante tal movimiento del corazón, o tal aspecto fugitivo del mundo, y construir a partir de ellas, como se pueda y siguiendo el ejemplo de Descartes, edificios provisorios”.

A la luz de las afirmaciones que preceden, comprendemos mejor cómo la filosofía puede ser “un movimiento oscuramente percibido”. Movimiento que va desde un sentimiento primario de lo real, que pasa a través de la dialéctica y de las antítesis ideativas, hacia el éxtasis o sentimiento de lo absoluto. Movimiento siempre repetido y nunca definitivo, pues depende de nuestra experiencia de seres en movimiento.

El existir es devenir. Devenir que conjuga el tiempo con la materia. Pues ésta no existe en ausencia del tiempo. La materia no existe en el instante. Siempre que se conciba a éste como el *éxtasis* del tiempo. El tiempo no puede aparecer más como un cuadro vacío y extranjero. El tiempo de la acción le es inherente como melodía temporal. Es bajo la influencia de la física reciente que Whitehead, Bachelard, Ruyer, nos enseñan que un elemento físico no es nada si es instantáneo, si no es un cierto ritmo prolongado de actividades.

Así la cuestión de las relaciones entre el espíritu y la materia se plantean en términos nuevos, puesto que la separación

radical que se había supuesto entre ellos, ha cesado de parecer válida.

Y acompañando a esta sutilización de la materia, hay un sentimiento inmediato de las cosas o de la materia, una tendencia hacia una concepción más opaca. En esta última concepción tendremos el sentimiento de una profunda ola de materia en la cual estamos inmersos. Ola compuesta de millares de gotas activas, de centros activos de vida con respecto a los cuales no podemos decir nada, salvo que constituyen todas las cosas. Ni siquiera son *hic et nunc*. Ni son en ningún sentido, sino que devienen, actúan.

El pensamiento contemporáneo ha puesto el problema del ser en función del pensamiento del devenir. Es solo a través del horizonte del devenir como alcanzaremos a otear el problema del ser. Wahl sostiene la preeminencia del devenir sobre el ser, indicando que es sobre el fondo del primero que el ser aparece. O sea que la idea de ser se da como aspiración del devenir. Como reacción ante éste. Nuestra experiencia atestigua el sentimiento del cambio y del fluir de lo real, y es sólo a partir de esta concreta experiencia como se puede aspirar al permanecer. Pero pensar el devenir se revela como tarea imposible, si entendemos por pensar, un pensamiento científico preciso, y por devenir algo que es precisamente la negación de esa precisión. “Sólo si existe un modo del pensamiento más amplio, análogo a esa fusión de nosotros con nosotros mismos en tanto que devenimos, descrita por Bergson bajo el nombre de intuición, podremos hablar de un pensamiento del devenir. Pero ese es un pensar que es la negación del pensar puramente intelectual”.

Pasar del sentimiento del devenir a la idea del devenir, será el camino que nos aproxime a la enunciación de su realidad. La acción aporta por otro lado las soluciones prácticas al problema. Al enunciar la proposición “yo devengo”, vemos que en cierta forma se contradice. Porque el *yo* que se enuncia señala algo fuera del movimiento. Pero es precisamente a través de la acción como puedo comprenderlo como una construcción y

una destrucción de ese yo, que tienen lugar al mismo tiempo. “Tenemos que devenir nuestro ser, y ser nuestro devenir”.

Al aparecer en el horizonte del devenir este Ser que deviene, Wahl advierte que la idea de ser es una idea a la cual tendemos, pero que nos es inalcanzable. “No hay idea de ser, hay un sentimiento al cual con rigor se puede dar el nombre de sentimiento del ser, pero que sería enunciado de una manera mucho más conveniente diciendo: sentimiento de parentesco y de familiaridad con las cosas, ser-en-el-mundo, siempre que no se insista sobre la significación intelectual de la palabra ser, ni sobre la significación racional de la palabra mundo.”

De tal manera Wahl esquematiza toda una concepción más ágil de lo real al desustancializarlo, al desencializarlo, en el sentido de abandonar la estructura intelectual de la concepción del ser, la substancia, y de la esencia.

“Una filosofía antisustancial como la de Nietzsche me atraerá siempre, pero yo quiero dejarle un sitio a los relámpagos de la substancia que iluminan por instantes la realidad o la condensan.” Tal lo que afirma en *Choses et autres (Poésie, Pensée, Perception)*.

El oscuro acceso al sentimiento del Ser, por último, debe despojarse para el metafísico, de toda implicación religiosa. Para Wahl el pensamiento filosófico debe mantenerse en el arduo terreno de la libertad con respecto a este llamado. “Lo que sería necesario —afirma—, es quedarse lo más próximo que sea posible de la idea, o más bien del sentimiento de la existencia, manteniéndonos a la vez, apartados de las concepciones religiosas y antireligiosas. Un esfuerzo semejante podrá merecer acaso el ser llamado una filosofía de la desesperación. Mas el ver el mundo tal como es no significa necesariamente ir hacia la desesperación; a nosotros nos toca decidir quien triunfará, si la desesperación o la esperanza.”

NARCISO POUSA.